

EL DEBATE SOBRE EL ORIGEN DE LOS INDÍGENAS AMERICANOS DURANTE EL SIGLO XVI

DARÍO REDOLAT BERGES
Universitat de Barcelona
dariorebe@gmail.com

CITA RECOMENDADA: Darío Redolat Berges, «El debate sobre el origen de los indígenas americanos durante el siglo XVI», *Nuevas de Indias. Anuario del CEAC*, IX (2024), pp. 25-64.

DOI: <https://doi.org/10.5565/rev/nueind.125>

Recepción: 19 de octubre de 2024 / Aceptación: 18 de noviembre de 2024

RESUMEN

La occidentalización de América fue un proceso histórico complejo y cargado de matices. Con la llegada de los españoles al Nuevo Mundo, se produjo un encuentro de dos culturas aparentemente contrarias pero similares en su esencia. El presente artículo parte de la idea de la existencia de un lenguaje fundamental presente en todas las tradiciones. Este carácter universal propició la elaboración de teorías acerca de un descubrimiento anterior o del origen de los propios indígenas. El trabajo expone y analiza las diferentes teorías elaboradas acerca del origen indígena durante el siglo XVI. Entre todas ellas se encuentra el punto común respecto a que los indígenas americanos también descienden de Adán y, posteriormente, de Noé, pese a no poder determinar de qué rama de su linaje.

PALABRAS CLAVE

Nuevo Mundo, evangelización, origen, indígenas americanos, judíos.

ABSTRACT

English title: The debate about the origin of American indians during the 16th century.

The westernization of America was a complex and nuanced historical process. With the arrival of the Spaniards in the New World, two apparently contrary but essentially similar cultures met. This article is based on the idea of the existence of a fundamental language present in all traditions. This universal character led to the development of theories about an earlier discovery or the origin of the indigenous people themselves. The paper presents and analyses the different theories elaborated about the indigenous origin during the 16th century. Among them all is the common point that the American Indians are also descended from Adam and, later, from Noah, although it is not possible to determine from which branch of their lineage.

KEYWORDS

New World, evangelization, origin, American indians, Jews.

**SOBRE EL DEBATE ENTRE LA POSTURA DIFUSIONISTA
Y LA UNIVERSALISTA**

Partiendo del estudio de las religiones comparadas, con autores como Mircea Eliade o Joseph Campbell, el cual detecta mitos y símbolos presentes en multitud de culturas, debemos abordar momentáneamente el debate entre la postura difusionista y la universalista dentro del mundo americano. Esta discusión surge a partir de la presencia en la América precolombina de gran cantidad de elementos –como bien pueden ser mitos, representaciones, tipologías arquitectónicas– que, supuestamente, deben su origen al Viejo Mundo. Es en este punto cuando surgen dos tendencias. La primera, la postura difusionista, cuestiona el 1492 como fecha primera del Descubrimiento de América, postulando que hubo un hallazgo más temprano, principalmente de mano de las potencias del mundo antiguo, y fue en ese punto cuando se transmitieron todas las influencias a los pueblos nativos americanos. La segunda, la que llamaremos postura paralelista o universalista, defiende la condición universal de mitos y símbolos, los cuales podemos encontrar presentes en las diferentes culturas, estando condicionados, claro está, por sus contextos históricos y geográficos correspondientes.

Los partidarios de las hipótesis del difusionismo ultramarino consideran que los elementos que han sido considerados como paralelismos, en realidad, son formas que en el continente americano han tenido funciones semejantes a las del Viejo Mundo, siendo este el punto de origen. Fundamentan sus convicciones en la comparación de leyendas, corrientes artísticas, formas materiales y lingüísticas, entendiendo que las sociedades cazadoras-recolectoras americanas deben el paso a la civilización a la influencia y transmisión directa realizada por grupos culturales migratorios más avanzados procedentes del Viejo Mundo. En cuanto a las comparaciones de elementos considerados como paralelismos, trabajos como los de la investigadora Helen Chatelain afirman que podemos reconocer influencias egipcias dentro de la mitología precolumbina, así como la identificación de tribus y clases sociales a partir de símbolos animales como el águila, el halcón o la lechuza. Además, dicha autora expone que también sería de influjo egipcio la concepción vertical-horizontal presente en el mundo mesoamericano, siendo una evolución del mito de Osiris.¹ Este planteamiento, sin duda, da entrada a la identificación de similitudes evidentes como es la presencia de estructuras piramidales tanto en la zona andina y mesoamericana.

En las antípodas, los paralelistas critican la postura difusionista de las similitudes culturales entendidas como préstamos. Las postulaciones paralelistas defienden que una vez establecidas las condiciones históricas básicas necesarias, y partiendo de la convicción de una estructura universal de la mente humana, en América se produjeron respuestas y derivaciones culturales similares a las que se han conocido en el Viejo Mundo. Uno de los puntos más discutidos dentro de las teorías difusionistas es la coherencia de las dataciones. Si aceptamos la premisa difusionista, surge la siguiente pregunta: ¿Qué tan temprano tuvo que ser el poblamiento para atribuir un origen circummediterráneo a elementos paralelos del Nuevo Mundo? A lo largo del mundo hemos observado repetidas veces como las sociedades elaboran arquitecturas piramida-

¹ Citado en Claudio Esteva, «El circummediterráneo y sus relaciones con la América prehispánica: ¿Difusión o paralelismo?», *Anuario de Estudios Atlánticos*, 17 (1971), pp. 167-168.

les, y el caso precolombino, ya sea el mesoamericano o el andino, no es una excepción. Ahora bien, hay quienes defienden que estas construcciones son de influencia egipcia. La pregunta que hemos planteado se genera cuando analizamos las fechas. En el caso egipcio, se conoce que la primera pirámide conocida, la pirámide de Djoser, se construyó entre el 2630 y el 2611 a.C. Para entonces, entre el 3000 y 2500 a.C. se documenta el surgimiento del asentamiento y de la cultura de Caral, situada en el Valle de Supe, lo que para Ruth Shady fue el primer Estado de la zona andina. En la ciudad se ha identificado arquitectura monumental a raíz de la construcción de edificios bajo un modelo piramidal de fachada única, ya en el periodo medio inicial, el cual abarca fechas entre el 2600 y 2300 a.C.² Siendo una zona que todavía no se ha excavado en su totalidad, ya se han encontrado un total de siete pirámides escalonadas. Por si fuera poco, Caral no fue el único asentamiento con dicha arquitectura monumental, sino que en el área del Valle de Supe se registran diferentes centros urbanos, como es el caso Áspero, El Molino, Allpacoto, Pueblo Nuevo, Miraya y Lurihuasi entre los que, junto a Caral, se registran cerca de 70 construcciones piramidales,³ lo que, sin duda, cuestiona la atribución al mundo egipcio. La propia Ruth Shady sitúa la civilización de Caral en el contexto mundial, destacando que los centros urbanos del valle del Supe estuvieron habitados en tiempos parejos a los de las ciudades sumerias de Mesopotamia, la construcción de la mencionada pirámide de Djoser o las posteriores de Giza en Egipto. La diferencia la determina en que las sociedades antiguas del Viejo Mundo contaron con relaciones de intercambio, mientras que el proceso peruano se encontró en total aislamiento, no solo con las del Viejo Mundo, sino también del Nuevo Mundo, pues se dio con una notable anterioridad al de Mesoamérica, el otro gran centro de civilización de América.⁴

² Ruth Shady, «La civilización caral: Paisaje cultural y sistema social», *Senri Ethnological Studies*, 89 (2014), p. 90.

³ Ruth Shady, Camilo Dolorier, Fanny Montesinos y Lyda Casas, «Los orígenes de la civilización en el Perú: el área norcentral y el Valle de Supe durante el Arcaico tardío», *Arqueología y Sociedad*, 13 (2000), p. 28.

⁴ Ruth Shady, «La civilización caral», p. 97.

Lo cierto es que esta cuestión no nació en el americanismo contemporáneo, sino que ya estaba presente entre las inquietudes de los primeros colonos españoles durante el siglo XVI. El debate en España acerca del Nuevo Mundo, sus habitantes, culturas y orígenes tomó un papel relevante en la historiografía americana durante los reinados de Carlos V y Felipe II.⁵ Durante la empresa evangelizadora, los frailes, quienes tuvieron un contacto extremadamente directo con los indígenas, mostraron un gran interés por las culturas nativas, preguntándose por el poblamiento del continente y su desarrollo cultural. Es importante matizar, como menciona Huddleston, que la mayoría de los trabajos sobre el origen de los indígenas americanos asumen que los españoles reflexionaron sobre esta cuestión inmediatamente después del descubrimiento. Pese a que esto es perfectamente posible, debemos destacar que la literatura sobre el origen de los nativos es escasa antes de 1550.⁶

En su misión de difundir la doctrina cristiana entre las gentes indias, los religiosos se percataron de una sorprendente 'facilidad' indígena para adoptar los elementos de la nueva fe o, mejor dicho, hallaron gran cantidad de símbolos y conceptos paralelos presentes en la cosmovisión indígena que facilitaron la proyección de asimilaciones. Este hecho, naturalmente, planteó entre los intelectuales la posibilidad de un descubrimiento del Nuevo Mundo con fechas más tempranas que el realizado por los españoles en 1492. Hubo quienes creyeron que los antiguos, especialmente los griegos, ya eran conscientes de la existencia de América y dejaron noticia sobre ello en sus escritos. Estas cavilaciones fueron plasmadas por los cronistas del momento. Un claro ejemplo defensor de la idea de un descubrimiento temprano es fray Bartolomé de las Casas (1484-1566), quien considera que son verosímiles los planteamientos acerca de que América hubiera sido conocida y, en consecuencia, poblada e influida culturalmente por pueblos de algún punto

⁵ Gema Areta Marigó, «Travesías de un discurso: islarios, atlántidas y otros principios», en *Herencia cultural de España en América. Siglos XVII y XVIII*, ed. Trinidad Barrera, Iberoamericana, Madrid, 2008, p. 39.

⁶ Lee E. Huddleston, *Origins of the American Indians. European concepts, 1492-1729*, University of Texas, Austin, 1967, p. 21.

del Mediterráneo mucho antes de lo que lo hicieran los españoles de los siglos XVI y XVII. El dominico cree en el significado americanista de las descripciones realizadas por Platón sobre la Atlántida en sus diálogos. Acerca del conocimiento de los antiguos sobre el Nuevo Mundo escribe lo siguiente en su tratado *Historia de las Indias*:

Para mostrar que los antiguos tuvieron sospecha y probabilidad de haber tierras habitables y habitadas en el mar Océano, o a la parte de Oriente o del Occidente y Austral, quiero aquí traer una cosa dignísima de admiración y nunca otra tal oída, que cuenta Platón de una isla que estaba cerca de la boca del estrecho de Gibraltar, la cual llama Isla del Atlántico, que fue el primero Rey della y de quien todo o cuasi todo el mar Océano se nombró Atlántico; y dice que era mayor que Asia y África, el sitio de la cual se extendía la vía del Austro ... Refiere Platón de la fertilidad, felicidad, abundancia desta isla, de los ríos, de las fuentes, de la llaneza, campiñas, montes, sierras, florestas, vergeres, frutas, ciudades, edificios, fortalezas, templos, casas reales, política, orden y gobernación, ganados, caballos, elefantes, metales riquísimos, excepto oro, del poder y fuerzas y facultad potentísima por mar y por tierra, victorias y dilatación de su imperio sobre otras muchas diversas naciones, cosas extrañísimas y en gran manera admirables y a muchos no creíbles. En el cual estado prosperísimo y felicísimo creció y permaneció por muchos siglos, en tanto que al culto divino y a la guarda de las justas leyes y al ejercicio de la virtud las gentes della se dieron, pero después que aquellos ejercicios y solicitud virtuosa, con sus corruptas afecciones y costumbres culpables, dejaron y olvidaron, con un diluvio y terrible terremoto de un día y una noche, la isla tan próspera y felice y de tan inmensa grandeza, con todos sus reinos, ciudades y gentes, sin quedar rastro de todos ellos ni vestigio, sino todo el mar ciego y atollado, que no se pudo por muchos tiempos navegar, se hundieron.⁷

Vemos que el fraile menciona un relato de Platón en el que describe una isla que estaba cerca de la boca del estrecho de Gibraltar, la cual contaba con mayores dimensiones que el continente africano y asiá-

⁷ Bartolomé de las Casas, *Historia de las Indias*, ed. André Saint-Lu, Biblioteca Ayacucho, Caracas, 1986, tomo I, pp. 91-92. Cabe mencionar que en las citas para este artículo se ha actualizado mínimamente la ortografía.

tico. Algunos han interpretado el hecho de que fuera una isla desde la que se pudiera navegar a otras islas comarcanas como una referencia a las Antillas. Ahora bien, en esta cita encontramos algunos datos que no podían ajustarse a la realidad americana. Tal es el caso de los elementos que, según Platón, se podía encontrar en la colosal isla. Entre ellos menciona la presencia de caballos y elefantes, además de la ausencia de oro. En cuanto a los elefantes, no se han encontrado restos que evidencien su presencia en el continente americano, pero podríamos entenderlo como una asimilación de lo conocido respecto a los mamuts. Por el contrario, se conoce una existencia temprana de los caballos en América, durante el período Pleistoceno y de hecho se cree que su origen era americano y no europeo. La incoherencia con el relato que menciona Las Casas viene dada por el hecho de que estas especies desaparecieron del continente durante una gran extinción a finales del Pleistoceno, entre el 12.000 y 9.000 a.C., fechas que hacen difícil el pensar que los antiguos, como es el caso de Platón, supieran de estas especies en América. Por otro lado, según Las Casas, el filósofo descarta la presencia del oro, cuando es más que conocida su abundante cuantía junto a la plata.

Dejando de lado los datos de la descripción de Platón, no es sorprendente que el fraile lo tome como referencia, puesto que se inscribe completamente en su imaginario. Cuando Bartolomé de las Casas menciona las referencias platónicas acerca de la felicidad y abundancia de esta isla, no hace otra cosa que validar su proyección de mitos y prejuicios hacia el otro, hacia el indígena. Esta concepción la encontramos muy presente en escritos como *La brevísima relación de la destrucción de las Indias*, escrita en 1542 y publicada en 1552. En su ejercicio como velador y protector del indígena, abogando por una evangelización pacífica, el dominico escribe:

Todas estas universas e infinitas gentes a *toto genero* crio Dios las más simples, sin maldades ni dobleces, obedientísimas, fidelísimas a sus señores naturales y a los cristianos a quien sirven; más humildes, más pacientes, más pacíficas y quietas, sin rencillas ni bollicios, no rijosos, no querulosos, sin rancores, sin odios, sin desear venganzas, que hay en el mundo ... Son también gentes

paupérrimas y que menos poseen ni quieren poseer de bienes temporales, y por esto no soberbias, no ambiciosas, no cubdiciosas.⁸

Son múltiples las ocasiones en las que el fraile se refiere a la felicidad de esas tierras. En su descripción de la provincia de Jalisco afirma que esta «estaba entera y llena como una colmena de gente poblatísima y felicísima, porque es una de las fértiles y admirables de las indias». Repite las mismas alusiones al hablar de otras regiones, como es el caso del Nuevo Reino de Granada, el cual es descrito como «unas felicísimas y admirables provincias llenas de infinitas gentes mansuetísimas y buenas como las otras».⁹

La posición lascasiana no fue común entre todos los cronistas. Hay otros autores que se muestran dubitativos ante la afirmación contundente de que los antiguos tenían conocimiento del Nuevo Mundo. Tales dudas las podemos leer en los escritos de José de Acosta (1540-1600), quien, en su obra titulada *Historia natural y moral de las Indias*, publicada en 1589, escribe:

Queda que los antiguos o no creyeron haber hombres pasado el Trópico de Cancro, como San Agustín y Lactancio sintieron; o que, si había hombres, a lo menos no habitaban entre los Trópicos, como lo afirman Aristóteles y Plinio, y antes que ellos Parménides. Ser de otra suerte lo uno y lo otro, ya está asaz averiguado. Más todavía muchos con curiosidad preguntan si de esta verdad, que en nuestros tiempos es tan notoria, hubo en los pasados alguna noticia: porque parece cierto cosa muy extraña que sea tamaño este Mundo Nuevo como con nuestros ojos le vemos, y que en tantos siglos atrás no haya sido sabido por los antiguos.¹⁰

Como vemos, el jesuita menciona el desconocimiento acerca del poblamiento de esta zona del mundo por parte de autores clásicos como Lactancio, San Agustín, Parménides, Aristóteles o Plinio. Esta ignorancia

⁸ Bartolomé de las Casas, *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*, ed. André Saint-Lu, Madrid, Cátedra, 2018, p. 76.

⁹ Bartolomé de las Casas, *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*, p. 41.

¹⁰ José de Acosta, *Historia natural y moral de las Indias*, ed. Fermín del Pino-Díaz, CSIC, Madrid, 2008, p. 23.

no deja de sorprenderle por el inmenso tamaño del Nuevo Mundo. Muchas de las significaciones americanistas que se han interpretado en antiguos escritos son entendidas por Acosta, más bien, como referencias a las Indias Orientales y no al Nuevo Mundo americano. Pese a que encuentra relatos entre los textos antiguos acerca de tierras desconocidas, el cronista cree que apenas hay elementos en los escritos antiguos que puedan relacionarse con América:

También escriben autores graves que una nao de Cartaginenses, llevándola la fuerza del viento por el mar Océano, vino a reconocer una tierra nunca hasta entonces sabida; y que, volviendo después a Cartago, puso gran gana a los Cartaginenses de descubrir y poblar aquella tierra; y que el Senado con riguroso decreto vedó la tal navegación, temiendo que, con la cudicia de nuevas tierras, se menoscabase su patria. De todo esto se puede bien colegir que hubiese en los antiguos algún conocimiento del Nuevo Mundo; aunque particularizando a esta nuestra América, y toda esta India occidental apenas se halla cosa cierta en los libros de los escritores antiguos.¹¹

En cuanto a las incoherencias en el relato de Platón comentadas anteriormente, Acosta hace referencia a los elementos mencionados por el filósofo según la cita de Las Casas. Ya para entonces, Acosta es consciente de la incerteza de dicha descripción en cuanto a las especies nombradas y la ausencia del oro, a lo que escribe al respecto: «Deste nuestro Perú no pudo llevarse marfil, no habiendo acá memoria de elefantes; oro y plata y monos muy graciosos bien pudieran llevarse».¹²

AGOSTINO STEUCO Y LA «PERENNI PHILOSOPHIA»

Dentro de esta cuestión, es importante destacar que el planteamiento acerca de una Verdad presente en todas las tradiciones no es contemporánea, sino que en el Renacimiento ya se difundió la idea de un elemento común y universal más allá de las formas concretas de cada

¹¹ José de Acosta, *Historia natural y moral de las Indias*, p. 24.

¹² José de Acosta, *Historia natural y moral de las Indias*, p. 29.

tradición, con autores como Marsilio Ficino (1433-1499), Pico della Mirandola (1463-1494) y especialmente presentada por el monje Agustino Steuco (1496-1549) en *De perenni philosophia*, obra publicada en Lyon en 1540.¹³ Dentro del contexto de crisis que vivía el Cristianismo en Europa a raíz de la Reforma Protestante, Steuco declara que «hay un principio único de todas las cosas, del que siempre ha habido un solo e igual conocimiento entre todos los hombres».¹⁴ Algo similar había afirmado ya San Agustín de Hipona, aunque no bajo el término de filosofía perenne. En su obra *Las retracciones* declaró que «la misma realidad, que se llama ahora religión cristiana, existía ya en los antiguos ni ha faltado nunca desde el origen del género humano hasta que vino el mismo Cristo en la carne, por quien la verdadera religión, que ya existía, comenzó a llamarse cristiana».¹⁵ Así pues, se entiende que esa Verdad ya existía, pero era necesaria la encarnación del Verbo para expresarla de manera completa.

Partiendo de este punto, Steuco trabaja la idea de una revelación originaria y plena a Adán. Antes de la caída del hombre, Adán estaba en contacto con Dios y gozaba de un conocimiento completo sobre la divinidad y la creación del mundo. Tras la expulsión del paraíso, ese conocimiento se perdió parcialmente y fue transmitido a su descendencia. El monje señala como esta *scientia* sobrevivió oralmente hasta Noé, quien pudo conservar todo ese saber antes del Diluvio y transferirlo a todo su linaje.¹⁶ A partir de ese momento, el conocimiento de Dios y de la creación del mundo no es exclusivo del pueblo hebreo, sino que está universalmente difundido entre los pueblos primitivos. Pese a ello, Steuco destaca el mayor acercamiento al conocimiento original y exactitud de la

¹³ Miguel Ángel Granada, «Agostino Steuco y la *perennis philosophia*. Sobre algunos aspectos y dificultades de la concordia entre *prisca theologia* y cristianismo», *Daimon Revista Internacional de Filosofía*, 8 (1994), p. 23.

¹⁴ Deena Ondertoller, «Agostino Steuco, un teorico della Filosofia perenne, nel contesto delle discussioni culturali del Rinascimento», *Corso di Laurea in Filosofia*, Università degli Studi de Trento, 2018, p. 16.

¹⁵ Agustín de Hipona, «Las Retracciones», en *Obras completas de San Agustín*, ed. Teodoro Calvo Madrid, Madrid, BAC, 1995, p. 689.

¹⁶ Miguel Ángel Granada, «Agostino Steuco y la *perennis philosophia*», p. 24.

doctrina hebrea, fruto de la asistencia divina desde Abraham, así como también enfatiza en la prioridad judía en la tradición escrita.

Dicho saber no se mantuvo intacto, pues a partir de Noé se vio deformado y oscurecido de manera progresiva. Esto no se debió a una intencionalidad, sino a varias causas inevitables como el paso del tiempo, la división de las gentes y las lenguas, la barbarie y la fijación en lo material, entre otras muchas. En este sentido, la historia se entiende como un esfuerzo de preservar el saber pero también como una inevitable deformación y ensombrecimiento de este.¹⁷

Tras demostrar la presencia de la Verdad perenne en la teología pagana, cada vez más confusa con el paso del tiempo, pero siempre con una esencia reconocible, en los nueve primeros tomos de *De perenni philosophia*, Agostino Steuco culmina su obra con un décimo libro, en el cual establece al Cristianismo como la manifestación completa y perfecta de dicha Verdad. Esto es, un restaurador del conocimiento original.¹⁸ Con todo, podríamos establecer tres fases de la evolución del conocimiento. La primera, la más pura, es la del conocimiento total sobre el mundo por parte del hombre, un saber otorgado directamente por Dios. La segunda, a consecuencia del pecado original y la caída del hombre, se caracteriza por la fragmentación y deformación de dicho conocimiento divino, pudiendo ser experimentado por el hombre únicamente de manera parcial e indirecta a través de la observación de la naturaleza. Por último, la tercera fase se resuelve con el advenimiento del Cristianismo, una nueva Revelación de la Verdad que devuelve al hombre al estadio original.¹⁹ En el caso americano, algunos cronistas entendieron la conquista y evangelización de América como esta tercera fase. Una acción propia de la Divina Voluntad abre las puertas al Cristianismo y a esa nueva Revelación de la Verdad en América, devolviendo a los indígenas a ese conocimiento original. Como indica Serge Gruzinski en *La máquina del tiempo*, historizar el mundo precolombino e incluirlo en la historia de manera europea, conlleva atribuirle un

¹⁷ Miguel Ángel Granada, «Agostino Steuco y la *perennis philosophia*», pp. 24-26.

¹⁸ Miguel Ángel Granada, «Agostino Steuco y la *perennis philosophia*», p. 34.

¹⁹ Deena Ondertoller, «Agostino Steuco», p. 17.

origen y genealogía. Dicha tarea estuvo a la orden del día durante todo el siglo XVI.²⁰

Una vez realizado el planteamiento de la filosofía perenne, entendiéndose que el conocimiento estaba presente en todos los pueblos descendidos de Noé, era necesario conocer y establecer el origen de los indígenas americanos. Si se quería incorporar al Nuevo Mundo en la historia universal de la salvación cristiana, era fundamental hallar el lugar del indígena en las Sagradas Escrituras. Lo cierto es que, después de encontrar símbolos y mitos paralelos a los cristianos en la cosmovisión indígena, los frailes misioneros que formaron parte de la empresa evangelizadora no tardaron en interesarse enormemente en el origen de los propios indios. Tan diversas fueron las hipótesis como los cronistas que intentaron dilucidar la respuesta en sus escritos. Dadas las dimensiones de este formato, nos resulta imposible exponer todas las conjeturas ni todos los cronistas que las exponían.

FRAY TORIBIO DE BENAVENTE «MOTOLINÍA» (1490-1569)
SOBRE EL ORIGEN GENTIL DE LOS INDÍGENAS

Motolinía en su *Historia de los indios de la Nueva España* aporta su visión en el debate creado en torno al origen de los nativos americanos. Entre las diferentes propuestas, el fraile se decanta por la idea de que los indígenas descienden de una misma línea, la de Noé. Este hecho convierte a los indios en hombres dotados de alma inmortal y, por lo tanto, aptos para recibir la fe cristiana, condición que ya había señalado el Papa Pablo III en la bula *Sublimis Deus*.²¹ De esta manera, Motolinía retrata a los indios como gentiles, relatando su historia para demostrar que son

²⁰ Serge Gruzinski, *La máquina del tiempo. Cuando Europa comenzó a escribir la historia del mundo*, México, Fondo de Cultura Económica, 2021, p. 267.

²¹ Aprobada el 2 de junio de 1537. En ella el Papa Pablo III señala que los indígenas tienen plena capacidad para recibir la fe cristiana y, es más, cuentan con predisposición hacia la misma. Por este motivo, declara que deben ser invitados a abrazar la fe de Cristo a través de la predicación pacífica, salvaguardando sus libertades y propiedades.

gentes idóneas para recibir el cristianismo y formar parte de la historia europea.²² En este punto, Gruzinski plantea la cuestión acerca de cómo incorporar la historia de los indios en la de la humanidad, es decir, en la relatada por la Biblia, sin olvidar la idea de que el anuncio de la Buena Nueva a los judíos y su conversión debe anunciar el fin de los tiempos. ¿Significa, entonces, que los indígenas son judíos que depararon en el Nuevo Mundo y que Motolinía los asume como tal? Lo cierto es que el franciscano no se decantó por esa postura.²³

En este sentido, también comenta la posibilidad de que los antiguos tuvieran conocimiento sobre el Nuevo Mundo, haciéndose eco de las afirmaciones de Aristóteles en su obra *Admirandis in natura*, en las que relata cómo los cartagineses navegaron por el Estrecho de Hércules –el actual Estrecho de Gibraltar– hacia Occidente durante 60 días, hallando para entonces unas tierras maravillosas y muy fértiles. Tras este descubrimiento, por temor a que Cartagena quedase despoblada, el senado prohibió bajo pena de muerte la navegación hacia aquellas tierras. Motolinía comenta que esta descripción podría corresponder a las islas previas a San Juan, La Española o incluso una parte de Nueva España, pero rechaza la idea de que el origen de los indígenas se encuentre en los antiguos, alegando que:

Una tan gran tierra y tan poblada por todas partes, más parece traer origen de otras extrañas partes, y aun en algunos indicios parece ser del repartimiento y división de los nietos de Noé. Algunos españoles, considerados ciertos ritos, costumbres y cerimonias de estos naturales, los juzgan ser de generación de moros; otros, por algunas causas y condiciones que en ellos ven, dicen que son de generación de judíos; mas la más común opinión es que todos ellos son gentiles, pues vemos que lo usan y tienen por bueno.²⁴

No es casual que compare a los indios americanos con los gentiles de Samaria. Y es que Motolinía menciona que los nativos han sufrido

²² Toribio de Benavente, *Historia de los indios de la Nueva España*, eds. Mercedes Serna y Bernat Castany, Madrid, Real Academia Española, 2014, p. 45.

²³ Serge Gruzinski, *La máquina del tiempo*, p. 89.

²⁴ Toribio de Benavente, *Historia de los indios de la Nueva España*, p. 120.

muchas muertes por el ataque de «tigres y leones» tras la llegada de los españoles, problema que se cree que es causado por la bajada demográfica indígena, ya que cuando la población era alta, estos animales no se atrevían a descender de las montañas. Ahora bien, ante esta posibilidad, plantea también que estos ataques fueran por «permisión de Dios», dado que mientras algunos pueblos recibieron la fe y el bautismo, adentrándose en la búsqueda del «verdadero Dios», otros no lo hicieron y en consecuencia «aconteciéles a éstos como a los gentiles advenedizos que poblaron a Samaria, que porque no temieron a Dios ni le adoraron, mandó Dios a los leones que descendiesen de las montañas y los matasen y comiesen».²⁵

Respecto a la gentilidad de los indígenas, el tema bíblico de la Epifanía cobró gran relevancia en Nueva España. Se trata de la primera manifestación del Hijo de Dios, eligiendo revelarse ante unos gentiles para indicar la universalidad de la salvación cristiana.²⁶ Con la empresa evangelizadora en América se estaba revelando el mensaje de Cristo a los indígenas, por lo que es natural que la Adoración de los Reyes Magos se estableciera como un tema central en la conversión de los nativos. Así pues, como bien escribe Robert Ricard en *La conquista Espiritual en México*, la Epifanía es «la fiesta de la manifestación del Dios verdadero a los gentiles; la fiesta de los gentiles llamados a la fe; la fiesta de la vocación de los paganos al cristianismo. Luego es la fiesta propia de los indios».²⁷ El propio Motolinía destaca la popularidad de esta festividad en el Nuevo Mundo, alegando que los indígenas sienten esta fiesta como propia:

La fiesta de los Reyes también la regocijan mucho, porque les parece propia fiesta suya. Y muchas veces este día representan el auto del ofrecimiento de los Reyes al Niño Jesús y traen la estrella de muy lejos, porque para hacer cordes y tirarla no han menester ir a buscar maestros, que todos estos indios, chicos y grandes, saben torcer cordel. Y en la iglesia tienen a Nuestra Señora

²⁵ Toribio de Benavente, *Historia de los indios de la Nueva España*, p. 318.

²⁶ Laura Rodríguez Peinado, «La Epifanía», *Revista digital de iconografía medieval*, IV, 8 (2012), p. 27.

²⁷ Robert Ricard, *La conquista espiritual de México*, México, Fondo de Cultura Económica, 1986, p. 260.

con su precioso Hijo en el pesebre, delante el cual aquel día ofrecen cera y de su incienso y palomas y codornices y otras aves que para aquel día buscan, y siempre hasta ahora va creciendo en ellos la devoción de este día.²⁸

Como podemos observar, el fraile menciona la representación de dicho episodio bíblico, y es que la Epifanía fue un tema protagonista en el teatro misionero durante el siglo xvi. Este teatro misionero surge del contexto teatral peninsular, ampliamente conocido por los primeros evangelizadores del Nuevo Mundo. En España, la procedencia de la gentilidad o del judaísmo era una cuestión importante dentro del contexto de la toma de Granada y la conversión de musulmanes y judíos, generándose un conflicto entre los cristianos viejos y los nuevos.²⁹ Por este motivo, el rumbo que toma el teatro castellano a finales del siglo xv e inicios del xvi es, en buena medida, obra de conversos, quienes, ante un ambiente hostil, idean un teatro que promueve la cohesión y la igualdad entre todos los cristianos. Dentro de este nuevo contexto teatral, el pasaje de la Anunciación a los pastores se estableció como uno de los protagonistas, ya que, para estos cristianos conversos, la manifestación de Cristo a los judíos pasó a ser una cuestión identitaria de suma importancia. La preocupación por el origen gentil o judío fue trasladada por los españoles, tanto militares como religiosos, al Nuevo Mundo. Por el contrario, en el contexto americano, al tratarse de gentiles, el tema de la Anunciación a los pastores tenía poca relevancia para los indígenas. La manifestación de Cristo a los magos gentiles se convirtió entonces en una de las escenificaciones principales del teatro misionero en Nueva España.³⁰ Una evidencia de la importancia de la fiesta de los Reyes en la Nueva España es la escasez de dramas en náhuatl sobre la Navidad, la manifestación de los ángeles y la adoración de los pastores, pasajes que fueron eclipsados por la Epifanía, especialmente en lo que a obras tea-

²⁸ Toribio de Benavente, *Historia de los indios de la Nueva España*, p. 180.

²⁹ Ronald Edward Surtz, «Pastores judíos y Reyes Magos gentiles: teatro franciscano y milenarismo en Nueva España», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, xxxvi, 1 (1988), p. 336.

³⁰ Ronald Edward Surtz, «Pastores judíos y reyes magos gentiles», p. 337.

trales se refiere.³¹ En este sentido, la representación de los autos de la Epifanía y la predicación de los frailes habrían difundido la relación teológica entre los reyes orientales y los indígenas americanos.

Cabe destacar esta relación teológica entre los Reyes Magos y los indios; como ya hemos mencionado, la Adoración de los Reyes evoca la universalidad de la salvación. Si bien es cierto que a nivel iconográfico los reyes se representaban como hombres blancos, haciendo alusión a las tres edades de la vida, a partir del siglo XIV aparece la figura del rey negro, remarcando así el carácter universal de la Epifanía. Los tres magos correspondían a Europa, Asia y África, haciendo referencia a los tres hijos de Noé que repoblaron el mundo: Sem, Cam y Jafet. Este nuevo modelo iconográfico se difundió rápidamente por Europa, estando ya en el siglo XVI bien determinadas las identidades de los tres reyes, siendo Gaspar el rey de Asia, Melchor el de Europa y Baltasar el de África.³² Este sistema se descuadró con el Descubrimiento de América, ya que para mantener esa universalidad del Cristianismo era necesario incluir esa cuarta parte del mundo. Por este motivo, ya desde años muy tempranos se empezó a idear una iconografía que incluyera a América en la manifestación de Cristo a los gentiles. Esta iconografía culminaría de la mano del pintor portugués Vasco Fernandes (1475-1542) –también conocido como Grão Vasco–, quien, entre 1501 y 1506, introdujo la figura de un cuarto Rey Mago en la pintura *Adoración de los Reyes* (FIG. 1 del anexo) que realizó para el retablo de la Catedral de Viseu.³³ Este nuevo rey mago aparece representado como un cacique indígena tupinamba de Brasil.³⁴ La figura se sitúa erguida entre Gaspar y Baltasar mientras realiza su ofrenda a Cristo, plasmando así la universalidad de la salvación en las cuatro partes del mundo.³⁵ Podemos

³¹ Fernando Horcasitas, *Teatro náhuatl: época novohispana y moderna*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2004, tomo I, p. 283.

³² Noel Serrano Aguirre y Mitzi de Lara Duarte, «Epifanía: la adoración de los Reyes Magos», *El Tlacuache*, 1062 (2023), p. 11.

³³ Cabe subrayar las tempranas fechas de esta pintura, puesto que el descubrimiento de Brasil se produjo el 22 de abril de 1500.

³⁴ Laura Rodríguez Peinado, «La Epifanía», p. 34.

³⁵ Noel Serrano Aguirre y Mitzi de Lara Duarte, «Epifanía: la adoración de los Reyes Magos», p. 14.

apreciar la ausencia de San José, quien habitualmente ocupaba el espacio de Baltasar junto a la Virgen. Parece que el pintor, en lugar de añadir otra figura humana a la composición, optó por oscurecer la piel de San José, identificándolo así como Baltasar y consiguiendo la disposición de cuatro Reyes Magos. Este recurso posiblemente fuese fruto de las dudas en torno a la manera de realizar esta nueva tipología iconográfica. Sin embargo, debido a un modelo ya muy arraigado, la iconografía de un cuarto Rey Mago indígena no tuvo mayor recorrido.

Retomando la cuestión del origen gentil de los indígenas, Motolinía no era el único cronista que defendió esta postura. Uno de los valedores de esta opinión fue fray Jerónimo de Mendieta (1525-1604), quien, tras conocer el Nuevo Mundo, reflexionó sobre el origen de los indígenas, ya que «no deja de nacer grave sospecha que los antepasados de estos naturales oviesen tenido noticia de los misterios de nuestra fe cristiana».³⁶ Sin embargo, en su obra *Historia eclesiástica indiana*, no se posiciona de manera clara acerca de la proveniencia de esos «indios gentílicos». Deja claro que el origen de los indígenas de Nueva España es cosa incierta, careciendo de referencias en las Sagradas Escrituras, por lo que debía basarse en las relaciones que le daban los propios nativos:

que como de nuestros libros divinos ni profanos se pueda sacar, será lo que de las relaciones que los mismos indios viejos en el principio de su conversión dieron, se colige. Que, aunque esta gente carecía de escritura, no les faltaba para ayuda de la memoria pintura y caracteres por donde se entendían a falta de letras.³⁷

Finalmente, afirma que ninguna de las hipótesis, como la descendencia del pueblo hebreo de los indios, se puede defender con razón y fundamento, decidiendo dejar la cuestión sin resolver, pudiendo cada uno optar por la opción que mejor le encaje en su visión.³⁸

³⁶ Jerónimo de Mendieta, *Historia eclesiástica indiana*, ed. Joaquín García Icazbalceta, México, Antigua Librería, 1870, p. 539.

³⁷ Jerónimo de Mendieta, *Historia eclesiástica indiana*, p. 143.

³⁸ Jerónimo de Mendieta, *Historia eclesiástica indiana*, p. 145.

FRAY DIEGO DURÁN (1537-1588)
SOBRE EL ORIGEN JUDÍO DE LOS INDÍGENAS

En cuanto a la postura del origen judío, posiblemente Diego Durán sea su máximo valedor. La incógnita del origen de las naciones indígenas es tan importante para el fraile que la establece como apertura del capítulo primero de su *Historia de las Indias de Nueva España e islas de Tierra Firme*. Deja claro que resolver esta cuestión es una tarea tan compleja, que sería necesaria una revelación de Dios. Pese a ser consciente de no poder contar con esa intervención divina y aceptando que es necesario establecer «conjeturas», el dominico está convencido que los indígenas, debido a «su bajísimo modo y manera de tratar, y de su conversación tan baja, tan propia a la de los judíos, que podríamos ultimadamente afirmar ser naturalmente judíos y gente hebrea».³⁹ De manera contraria a la opinión de Jerónimo de Mendieta, Durán cree que todas las similitudes entre indios y judíos se encuentran probadas y fundamentadas en la Sagrada Escritura, de la cual «clara y abiertamente sacaremos ser verdadera esta opinión».⁴⁰ De hecho, como veremos a continuación, la identificación de los nativos americanos como descendientes del pueblo hebreo está basada en una imagen del judío construida a partir de las interpretaciones del Antiguo Testamento por parte del fraile.⁴¹ Este no es un caso excepcional; como indica Huddleston, el debate de los orígenes de los indios se vio limitado por la necesidad de ajustarlos a la teología cristiana. Algunos escritores, como es el caso de Diego Durán, invirtieron sus esfuerzos en analizar los pasajes de las Escrituras que podían relacionarse con dicha cuestión, basando, en ocasiones, la respuesta en referencias de la literatura bíblica.⁴²

³⁹ Diego Durán, *Historia de las Indias de Nueva España e islas de Tierra Firme*, México, Imp. de J.M. Andrade y F. Escalante, 1867, tomo I, p. 21.

⁴⁰ «Su modo de vivir, sus ceremonias, sus ritos y supersticiones, sus agüeros e hipocresías, tan emparentadas y propias de las de los judíos, que en ninguna cosa difieren»; Diego Durán, *Historia de las Indias de Nueva España*, tomo I, p. 21.

⁴¹ Sergio Ángel Vázquez Galicia, «Los indios del Nuevo Mundo en el esquema cristiano de la historia universal según fray Diego Durán», *Revista de Historia de América*, 158 (2020), p. 21.

⁴² Lee E. Huddleston, *Origins of the American Indians*, p. 11.

Para conocer la genealogía de los indígenas, el dominico recurre a los códices prehispánicos y a las relaciones que aportan los sabios ancianos, aunque destaca que ni los propios nativos conocen su origen y que los testimonios que escucha siempre tienen diferencias entre sí. Ahora bien, entre todas estas disimilitudes Durán encuentra un punto en común, y es que todos los relatos de los ancianos vienen a explicar todos los desafíos que tuvo que afrontar el pueblo de Israel en su migración desde Egipto:

[las relaciones] vienen a dar consigno y a aquel largo y prolijo camino que los hijos de Israel anduvieron desde Egipto a la tierra de promisión, tan al propio y tan al vivo, que bastara trasladar aquí el Éxodo o el Levítico, si el evitar prolijidad no me lo estorbara; pero como no pienso seguir el orden conforme a la variedad de relaciones, solo quiero recitar lo que para salir con mi opinión me fuerza, contando algunos acontecimientos de trabajos e infortunios, hambres y pestilencias que, en su camino, cuentan que pasaron, en lo cual notaremos que, en realidad de verdad, no es sino noticia de la Sagrada Escritura que sus antepasados les dejaron.⁴³

Para Diego Durán, las pinturas de los códices y los relatos de los ancianos evidenciaban que el pueblo indígena y hebreo compartían la historia de un largo y arduo camino desde lugares lejanos hasta una tierra prometida. Lo que está haciendo aquí el cronista fue asimilar las historias sobre las migraciones del Posclásico mesoamericano con el Éxodo judío descrito en el Antiguo Testamento.⁴⁴ Estas asimilaciones llegan a tal punto que el cronista asocia figuras prehispánicas con profetas y santos bíblicos. De la misma manera que identifica la migración desde el Aztlán, tierra de sometimiento para los mexicas, con la salida de Egipto del pueblo hebreo, identifica al dios Huitzilopochtli, quien indicó a los mexicas una tierra prometida, la cual identificarían al encontrar un águila posada sobre un nopal mientras devora una serpiente, con la figura de Moisés. Esta tierra prometida, junto a la representación de mexicas cruzando una gran laguna en los códices, bastaron para que Diego Durán creyera fir-

⁴³ Diego Durán, *Historia de las Indias de Nueva España*, tomo I, pp. 24-25.

⁴⁴ Sergio Ángel Vázquez Galicia, «Los indios del Nuevo Mundo», p. 22.

memente que los indígenas le estaban relatando las Sagradas Escrituras que sus antepasados judíos les transmitieron:

tratando de un gran varón, de quien no poca noticia se halla entre ellos, me contaron que después de haber pasado grandes aflicciones y persecuciones de los de la tierra, que juntó toda la multitud de gente que era de su parcialidad, y que les persuadió a que huyesen de aquella persecución a una tierra donde tuviesen descanso; y que haciéndose caudillo de aquella gente, se fue a la orilla de la mar, y que con una vara que en la mano traía, dio en el agua con ella y que luego se abrió la mar y entraron por allí él y sus seguidores, y que los enemigos, viendo hecho camino se entraron tras él, y que luego se tornó la mar a su lugar, y que nunca más tuvieron noticia dellos: ¡Qué más clara razón se puede dar de que estos sean judíos, que ver cuán manifestamente y al propio relatan la salida de Egipto, el dar Moisés con la vara en la mar, el abrirse y hacer camino, el entrar Pharaon con su ejército tras ellos y volver Dios las aguas a su lugar, donde todos quedaron en el profundo ahogados!⁴⁵

Son numerosos los pasajes bíblicos que Durán identifica con las historias que le ofrecen los indígenas, como es el caso de Coré, Datán y Abiram; el Maná, el jubileo judío o la Torre de Babel. Entre todas ellas, seguramente la más importante es la que establece en torno a la figura de *Ce Ácatl Topiltzin Quetzalcóatl*, y es que, según las descripciones de los indígenas, en su continuo intento de identificar las referencias en las Sagradas Escrituras, el dominico llega a plantear la posibilidad de una evangelización previa a la que estaban acometiendo los españoles en ese momento. Durán nos habla de *Topiltzin Quetzalcóatl* como un «gran varón» que mostró su vida religiosa y enseñó el culto a los indígenas, quienes al conocerle empezaron a «componer ceremonias y cultos, a adorar ídolos, edificar altares y templos y a ofrecer sacrificios». Indica que *Topiltzin* también era conocido por el nombre de *Papa*, siendo persona muy «venerable y religiosa» a quien los nativos veneraban y honraban como «a persona santa». Nos puede describir los rasgos de esta figura a través de una pintura que encontró en la Ciudad de México. Los rasgos que menciona distinguen notablemente a *Topiltzin* del resto de

⁴⁵ Diego Durán, *Historia de las Indias de Nueva España*, tomo 1, p. 25.

indígenas, siendo un hombre de avanzada edad, portaba «la barba larga, entre cana y roja: la nariz algo larga con algunas ronchas en ella, o algo comida: alto de cuerpo: el cabello largo, muy llano, sentado con mucha medida». Su forma de vivir era altamente reservada, estando siempre recogido en su celda, orando, dejándose ver en momentos muy puntuales. Sobre su personalidad, Durán destaca que era un hombre «austino y ayunador», viviendo en la castidad y penitencia. Entre las descripciones que le transmitieron los indios, una de las más relevantes para identificar a este misterioso *Topiltzin* es que «tenía por ejercicio el edificar altares y oratorios por todos los barrios y poner imágenes en las paredes, sobre los altares e hincarse de rodillas ante ellas y reverenciarlas». Su vida de devoción no era privada, sino que contaba con discípulos –conocidos como *tolteca*– a quienes enseñaba a orar y predicar.

Las hazañas y maravillas de *Topiltzin*, tan celebradas entre los indios y descritas «casi con apariencias de milagros» llevaron a Diego Durán a identificar las historias sobre *Topiltzin* con la presencia de un santo apóstol en el Nuevo Mundo. Aceptando en todo momento una posible corrección de la Iglesia Católica, el fraile recurre al Evangelio de San Marcos⁴⁶ para relacionar a *Topiltzin* con un enviado de Dios. Al citar este pasaje en el que Cristo envía a sus discípulos a difundir la Buena Nueva por todas las partes del mundo, Durán está incluyendo a los indígenas en la universalidad de la salvación cristiana.⁴⁷ Con esta reflexión el dominico afirma que los indios son racionales y aptos para recibir la fe cristiana, por la cual cosa Dios no podía dejarles sin predicador. Las descripciones mencionadas anteriormente son esenciales, pues el hecho de que *Topiltzin* realizaría edificaciones e imágenes lleva a Durán a identificarlo con Santo Tomás, quien era un maestro constructor y había predicado en las Indias orientales:

Gran fuerza me hace su vida y otras a pensar que, pues estas eran criaturas de Dios, racionales y capaces de la bien aventuranza, que no las dejaría sin predicador, y si le hubo fue *Topiltzin*, el cual aportó a esta tierra, y según la relación del se da era cantero que entallaba imágenes en piedra y las labraba

⁴⁶ «Y les dijo: Id por todo el mundo y predicad el Evangelio a toda criatura» (Marcos, 16, 15).

⁴⁷ Sergio Ángel Vázquez Galicia, «Los indios del Nuevo Mundo», p. 31.

curiosamente, lo cual leemos del glorioso Santo Tomás, ser Oficial de aquel arte, y también sabemos haber sido predicador de los indios y que escarmen-tado dellos pidió a Cristo, cuando le apareció en aquella feria donde andaba, que le enviase donde fuese servido, excepto a los indios; y no me maravillo se excusasen los sagrados apóstoles de venir entonces a tratar con gente tan desabrida y tan inconstante y torpe y tan tarda de juicio para creer las cosas de su salvación, y tan mudables y presta a creer los fabulosos agüeros, sin ningún fundamento ni apariencia de bien.⁴⁸

Asumiendo que Topiltzin realmente se trataba de Santo Tomás, el dominico continúa explicando que este procedía de tierras extrañas, desconociendo los nativos su lugar de origen. Una vez deparó en el Nuevo Mundo, *Topiltzin-Santo Tomás* edificó iglesias y predicaba junto a sus discípulos por los diferentes pueblos. A él se le atribuyen acciones milagrosas y heroicas, dedicando sus días en convertir a los indígenas a la ley evangélica.⁴⁹ La pregunta que nos surge en este punto es la siguiente: ¿Qué sucedió con *Topiltzin-Santo Tomás*? Diego Durán escucha el mito de la huida de *Quetzalcóatl*, el cual interpreta y explica de tal manera que este justifique la conquista y evangelización que se estaba llevando a cabo en Nueva España. Así pues, el cronista nos cuenta como contra *Topiltzin* y sus discípulos se produjo una sublevación, la cual según los indígenas fue liderada por *Tezcatlipoca*, la divinidad dual de *Quetzalcóatl* que Durán identifica como el demonio. Según el testimonio, esta figura maligna fingía haber descendido de los cielos y obrar milagros, logrando así un séquito de discípulos, gentes malévolas a juicio de Durán, para dedicarse a perseguir a *Topiltzin* y allegados y entorpecer su predicación. Finalmente, *Topiltzin* se asentó en Tula durante varios años hasta que volvieron a ser perseguidos,⁵⁰ optando por dar el beneplácito a los malhechores y marcharse.⁵¹

⁴⁸ Diego Durán, *Historia de las Indias de Nueva España*, tomo II, p. 18.

⁴⁹ Diego Durán, *Historia de las Indias de Nueva España*, tomo II, p. 19.

⁵⁰ Es posible que, dentro de su imaginario, Durán intenté relacionar la historia de *Topiltzin* con las persecuciones sufridas por los mártires que predicaron la fe cristiana.

⁵¹ Diego Durán, *Historia de las Indias de Nueva España*, tomo II, p. 20.

Es en este punto donde el mito de *Quetzalcóatl* se inscribe en las necesidades de Diego Durán. En el momento de partir, *Topiltzin* se despidió del pueblo de Tula y profetizó la venida de gentes extrañas procedentes del Oriente, las cuales portarían trajes de diferentes colores, vestidos de pies a cabeza y con cascos en la cabeza. Este sería el castigo que Dios les iba a imponer por sus agravios contra *Topiltzin* y sus discípulos. Avisó entonces que esta represalia no se cumpliría de manera inmediata, sino que la padecería su descendencia de cuarta o quinta generación. Con la llegada de los enviados de Dios, los indios sufrirían, no pudiendo escapar de la persecución y muerte:

aquel castigo les había de enviar Dios en pago del mal tratamiento que le habían hecho y la afrenta con que le echaban; con el cual castigo, chicos y grandes perecerían, no pudiendo escaparse de sus manos de aquellos, sus hijos, que habían de venir a destruyrlos aunque se metiesen en las cuevas y en las cavernas de la tierra, y que de allí los sacarían y allí los irían a perseguir y a matar estas gentes luego pintaron en sus escrituras a que estas gentes quel Papa les profetizaba para tener memoria della y esperar el suceso, como después lo vieron cumplido en la venida de los españoles. También les dijo ... estos han de ser vuestros señores y a estos habéis de servir y os han de maltratar y echar de vuestras tierras, como vosotros lo habéis hecho conmigo.⁵²

Como podemos observar, el dominico identifica a los españoles con esas gentes extrañas enviadas por Dios. La presencia de un lenguaje fundamental, símbolos paralelos y el conocimiento de las Sagradas Escrituras es justificada por el fraile por el origen hebreo de los indígenas y la evangelización de Santo Tomás en el Nuevo Mundo. Ahora bien, si el Verbo de Dios ya fue difundido entre los nativos, ¿cómo se justifica entonces la empresa evangelizadora española? La expulsión de *Topiltzin-Santo Tomás* había dejado a los indígenas sumergidos en el gobierno del demonio, quien se había encargado de engañarles durante siglos, haciéndoles vivir en el pecado y la idolatría. Esto no debió ser un tra-

⁵² Diego Durán, *Historia de las Indias de Nueva España*, tomo II, p. 20.

bajo complejo para *Tezcatlipoca*, puesto que los indios, al descender de los judíos, eran naturalmente idolátricos. De hecho, observando las costumbres de los indígenas, lo que más convence a Diego Durán de que estos son de línea hebrea es «la extraña pertinacia que tienen en no desarraigar de sí estas idolatrías y supersticiones, yendo y viniendo a ellas, como se ve de sus antepasados». ⁵³ Podemos recordar en este caso el pasaje del Becerro de Oro mientras Moisés recibía las Tablas en el Sinaí; o el que menciona el propio Durán, haciendo referencia a David en el *Salmo 105* para afirmar que «viéndose atribulados de Dios, clamaban a él y perdonábalos con su misericordia; pero luego olvidados se volvían a idolatrar y a sacrificar sus hijos e hijas a los demonios, y derramando la sangre de los inocentes la ofrecían a los ídolos de *Canan*». ⁵⁴ En este sentido, Diego Durán justifica la obra española en Indias, identificando la empresa conquistadora con la profecía de *Topiltzin-Santo Tomás* y otorgándole un carácter providencial, la cual debía culminar con una nueva evangelización para expiar a los indígenas de sus pecados y salvar sus almas. ⁵⁵

A propósito, cabe citar a Gema Areta, quien defiende que la tesis «judeogenética» es una postura que se opone de manera contundente al espíritu de las Leyes Nuevas de 1542, complicando así su aplicación en la condición colonial del Nuevo Mundo. Esto se da a partir de la negación de que la guerra contra los indios supusiera un impedimento para su conversión –ya que los indios, siendo hebreos, muestran una clara obstinación en vivir en pecado y mantener sus idolatrías–, y del impedimento para que la Corona reconociera a los judíos del Nuevo Mundo como vasallos libres a modo de alternativa al sistema de encomienda. Por último, señala que es una tesis que incide en la relación del descubrimiento de América y la Reconquista, con una clara asociación entre el año de la toma de Granada y la expulsión de los judíos. ⁵⁶

⁵³ Diego Durán, *Historia de las Indias de Nueva España*, tomo 1, p. 28.

⁵⁴ Diego Durán, *Historia de las Indias de Nueva España*, tomo 1, p. 28.

⁵⁵ Sergio Ángel Vázquez Galicia, «Los indios del Nuevo Mundo», p. 35.

⁵⁶ Gema Areta Marigó, «Travesías de un discurso», p. 41.

SARMIENTO DE GAMBOA (1532-1592)
SOBRE EL ORIGEN MÚLTIPLE DE LOS INDÍGENAS

Pese a que la teoría del origen judío de los indígenas estaba ampliamente difundida, también contaba con destacados detractores. Uno de ellos fue Pedro Sarmiento de Gamboa, quien llegó a Perú en 1557. A diferencia de otros pensadores, Sarmiento de Gamboa escribió sobre el origen de los indígenas tanto de Nueva España como del Perú. Esto lo hizo en su obra *Historia de los incas*, redactada en 1572, la cual fue fruto de su experiencia en Perú y de los testimonios de sabios ancianos indígenas y conquistadores españoles. En ella, al igual que hemos visto en los casos anteriores, menciona el pasado borroso de las naciones indígenas, pues no conocen su propio origen. Esto lo justifica por la falta de escritura, sin la cual no pudieron «conservar los monumentos y memorias de sus tiempos, edades y mayores vera y ordenadamente». ⁵⁷ Por otro lado, de la misma manera que hemos comentado el caso de *Tezcatlipoca* en Nueva España, Sarmiento de Gamboa señala la obra del demonio, quien «siempre procura el daño del linaje humano». El demonio encontró la oportunidad perfecta con los indios, siendo estos desventurados, inocentes y obedientes; por la cual cosa «introdújoles muchas ilusiones, mentiras y fraudes, haciéndoles entender que él los había creado al principio, y que después por sus maldades y pecados los había destruido con diluvio y los había tornado a crear, y dádoles comidas y modos de conservarse». ⁵⁸ Así pues, era ardua tarea la de discernir entre las relaciones verdaderas y los engaños y confusiones producidos por el diablo o la falta de escritura.

En la visión que Gamboa expone en su *Historia de los incas* sobre la procedencia de los nativos americanos, es esencial establecer la división del mundo. Respecto a esta cuestión, el cronista menciona que antiguamente la Tierra fue dividida en cinco partes, siendo las tres primeras las comúnmente conocidas: Asia, África y Europa. En cuanto a las dos restantes, la cuarta se llamó Cattigara, ubicada en el Mar Índico, siendo

⁵⁷ Pedro Sarmiento de Gamboa, *Historia de los incas*, ed. Ángel Rosenblat, Biblioteca Emecé, Buenos Aires, 1947, p. 100.

⁵⁸ Pedro Sarmiento de Gamboa, *Historia de los incas*, pp. 100-101.

tierra vastísima y conjunta con Asia por la parte de Malaca. La quinta y última parte era conocida como la Isla Atlántica, la cual excedía notablemente en tamaño a las anteriores, formando parte de ella las Indias Occidentales.⁵⁹

Cattigara es importante en la visión de Sarmiento de Gamboa, afirma que esta tierra fue poblada por judíos, y es que es en ella donde ubica el destino de las diez tribus perdidas de Israel.⁶⁰ Para realizar tal planteamiento se basa en el apócrifo *Esdras IV*, de la misma manera que lo hacen quienes atribuyen un origen hebreo a los indígenas del Nuevo Mundo, como es el caso del propio Diego Durán. Este texto del Antiguo Testamento dice lo siguiente en el capítulo 13:39-46:

Y porque le viste que recogía así otra muchedumbre pacífica, sabrás, que estos son los diez Tribus, que fueron llevados en Cautiverio, en tiempo del Rey Oseas, al cual llevó cautivo Samanasar, Rey de los Asirios, y a estos los pasó a las otras parte del rio, y fueron trasladados à otra tierra. Ellos tuvieron entre sí acuerdo, y determinación de dejar la multitud de los Gentiles, y de pasarse a otra región más apartada, donde nunca habitó el género humano, para guardar siquiera allí su ley, la cual no habían guardado en su tierra. Entraron, pues, por unas entradas angostas del rio Éufrates, porque hizo el Altísimo entonces con ellos sus maravillas, y detuvo las corrientes del rio, hasta que pasasen, porque por aquella región era el camino muy largo de Años y medio, y llamase aquella región Arsaret. Entonces habitaron allí hasta el último tiempo.⁶¹

Sarmiento de Gamboa identifica esa región apartada en la cual nunca habitó el género humano con Cattigara y no con el Nuevo Mundo, ya que, según sus cálculos y los mapas de Ptolomeo, a través del Éufrates «no podían salir sino al Mar Indico, yendo a tierra adonde no había habitación, no podía ser sino a Catígara».⁶²

⁵⁹ Pedro Sarmiento de Gamboa, *Historia de los incas*, pp. 84-85.

⁶⁰ Pedro Sarmiento de Gamboa, *Historia de los incas*, pp. 99-100.

⁶¹ Gregorio García, *Origen de los indios del Nuevo Mundo e Indias Occidentales*, En casa de Pedro Patricio Mey, Valencia, 1607, p. 179.

⁶² Pedro Sarmiento de Gamboa, *Historia de los incas*, p. 99.

Las 12 tribus de Israel habían sido expulsadas de Jerusalén después de que esta fuera conquistada por el Imperio Babilonio, para volver una vez pasó a ser de dominio persa en torno al siglo VI a.C. En ese momento, según los textos de *Esdras* y *Nehemías*, únicamente dos de las 12 tribus originales retornaron, desconociéndose la ubicación de las diez restantes. Dentro de este contexto, *Esdras IV* relata en un registro escatológico el fin del tiempo conocido, llegando este con el retorno de Dios junto a las diez tribus perdidas, las cuales habían estado resguardadas en una tierra jamás habitada por el hombre, ubicada más allá de los límites del río Éufrates. Esta tierra desconocida fue tema de debate en el imaginario medieval. Por este motivo, con el Descubrimiento de América una nueva posibilidad se abrió en el abanico, siendo bastante probable que el paradero de las diez tribus perdidas se encontrara en algún rincón del Nuevo Mundo, por lo que sus habitantes tendrían ascendencia hebrea.⁶³ Los detractores de este planteamiento, como veremos más adelante, centran parte de su crítica en el propio *Esdras IV*, y es que en la cuarta sesión del Concilio de Trento, del 8 de abril de 1548, el libro fue excluido del canon y declarado como apócrifo. Tras ser relegado a un apéndice, la autoridad de *Esdras IV* se vio notablemente perjudicada a partir de la segunda mitad del siglo XVI.⁶⁴ Tal es el caso que el propio fray Gregorio García, cronista de quien hemos citado la traducción del capítulo 13:39-46 del apócrifo, destaca que este «no es canónico, ni de fe Católica», aunque, eso sí, «tiene tanta autoridad, como de un doctor grave, y aún más».⁶⁵

Dejando de lado la cuestión de Catígara y el libro *Esdras IV*, es importante lo que Sarmiento de Gamboa nos relata acerca de la Atlántida y América. Basándose en las palabras de Platón a Solón, de la Atlántida nos describe que superaba en tamaño a Asia y África juntas, ubicán-

⁶³ Soledad González Díaz, «Genealogía de un origen: Túbal, el falsario y la Atlántida en la Historia de los Incas de Pedro Sarmiento de Gamboa», *Revista de Indias*, LXXII, 255 (2012), pp. 502-503.

⁶⁴ Florentino García Martínez, «La autoridad de 4 Esdras y el descubrimiento de América», *Estudios bíblicos*, LXX (2012), p. 330.

⁶⁵ Gregorio García, *Origen de los indios del Nuevo Mundo*, pp. 178-179.

dose su inicio en la parte occidental junto al estrecho de Gibraltar. En sus proximidades la rodeaban otras muchas islas y tierra firme en África y Europa.⁶⁶ En esta inmensa isla se encontraban las Indias Occidentales, formando parte de la Atlántida. Así pues, partiendo desde Cádiz, nos señala «que venía por el mar que venimos a las Indias, al cual todos cosmógrafos llaman mar Océano Atlántico, por haber sido en él la isla Atlántica. Y así navegamos ahora por donde antiguamente fue tierra».⁶⁷

Para explicar el poblamiento de la Atlántida, Sarmiento de Gamboa se remonta al Diluvio Universal. Según su lectura de las Sagradas Escrituras, en el Arca se salvaron un total de ocho personas: el propio Noé y su mujer Terra –o Vesta–; y sus tres hijos y acompañantes, Cam y su mujer Cataflua, Sem y Prusia y Jafet y su mujer Funda. De este grupo de ocho personas «fueron procreadas las gentes, como nos dice Moisés».⁶⁸ Tras haber creado gran generación, dividió el mundo entre sus hijos para que estos lo poblasen. Así pues, Sem quedó al cargo de poblar Asia desde el Nilo hasta la India Oriental junto a alguno de sus hijos nacidos tras el Diluvio. A Cam encomendó África desde las Rhinocoruras⁶⁹ hasta el Estrecho de Gibraltar junto a algunos de sus hijos. Por último, Europa fue atribuida a Jafet y su descendencia.⁷⁰ Atendiendo a esta distribución realizada por Noé y a la ubicación geográfica que se le supone a la Atlántida, siendo esta una prolongación de Cádiz y el Estrecho de Gibraltar, Sarmiento de Gamboa afirma que esta tierra descrita por Platón fue poblada por Tubal⁷¹ y su descendencia, quienes se encontraban en España, y por los pobladores de África:

¿quién duda que, estando tan cerca de España, que según fama común *Cádiz* solía estar tan junta con la tierra firme por la parte del puerto de Santa María, que con una tabla atravesaban como por puente de la isla a España, sino que

⁶⁶ Pedro Sarmiento de Gamboa, *Historia de los incas*, p. 86.

⁶⁷ Pedro Sarmiento de Gamboa, *Historia de los incas*, p. 90.

⁶⁸ Pedro Sarmiento de Gamboa, *Historia de los incas*, p. 91.

⁶⁹ Región desértica mencionada por Estrabón, ubicada en la frontera entre el Antiguo Egipto y la Tierra de Israel.

⁷⁰ Pedro Sarmiento de Gamboa, *Historia de los incas*, p. 92.

⁷¹ Hijo de Jafet y nieto de Noé.

sería poblada aquella tierra de los pobladores de España, Tubal y sus descendientes, y también de los pobladores de África, cuya vecina era?⁷²

Ahora bien, ¿qué sucedió con esta inmensa isla? De la misma manera que lo narra Bartolomé de las Casas, Sarmiento de Gamboa nos cuenta cómo después de muchos, por providencia divina, posiblemente por los pecados cometidos por los atlantes, la isla sucumbió ante un intenso terremoto y un gran diluvio que duró un día y una noche. La tierra se abrió y engulló a «aquellos belicosos e infestadores atlánticos hombres». Así pues, la mayor parte de la Atlántida quedó sumergida bajo el mar, quedando este innavegable. Quedó tan aislada la tierra superviviente que todas las naciones de Asia, África y Europa la dieron por perdida. Afirma que no quedaría memoria de ella de no ser por los egipcios, quienes son «conservadores de antiquísimas hazañas de hombres y naturaleza». Por último, dando esta historia por cierta, identifica las islas de Cádiz, Canarias, Salvajes y la Trinidad como restos de la Atlántida sumergida.⁷³

Cabe recordar que Sarmiento de Gamboa ubica las Indias Occidentales dentro de la Atlántida, zona que evidentemente no desapareció con el gran diluvio. Ante esta catástrofe, dado que los atlantes eran «naciones numerosísimas» fueron suficientes para poblar todas estas tierras del Nuevo Mundo.⁷⁴ Las Indias no solo recibieron gentes procedentes de la Atlántida, sino que Gamboa indica que otras naciones también poblaron provincias del Nuevo Mundo tras la catástrofe. Este es el caso de los griegos, y es que, basándose en los relatos de Estrabón y Solino, el cronista cuenta como Ulises, tras la Guerra de Troya, llegó a las tierras de Nueva España, motivo por el cual se pueden encontrar en ella vestigios de la cultura antigua:

Dice Estrabón, y Solino, que Ulises, después de la expugnación de Troya, navegó en poniente, y en Lusitania pobló a Lisboa; y después de edificada,

⁷² Pedro Sarmiento de Gamboa, *Historia de los incas*, p. 93.

⁷³ Pedro Sarmiento de Gamboa, *Historia de los incas*, pp. 96-98.

⁷⁴ Pedro Sarmiento de Gamboa, *Historia de los incas*, p. 98.

quiso probar su ventura por el Mar Atlántico Océano por donde ahora venimos a las Indias, y desapareció, que jamás se supo después qué se hizo. [...] Este Ulises, dando crédito a lo dicho, podemos deducir por indicios que de isla en isla vino a dar a la tierra de Yucatán y Campeche, tierra de Nueva España, porque los de esta tierra tienen el traje, tocado y vestido grecesco de la nación de Ulises, y muchos vocablos usan griegos y tenían letras griegas. Y desto yo he visto muchas señales y pruebas.⁷⁵

Con todo esto, Sarmiento de Gamboa concluye que los judíos depararon en las tierras de Cattigara, mientras que Nueva España fue poblada por los griegos y el Reino de Perú y provincias continuas por los atlantes.⁷⁶

EL ORIGEN DEL INDÍGENA EN LA CRÓNICA DE FRAY JERÓNIMO ROMÁN Y ZAMORA (1535-1597)

La postura de Jerónimo Román y Zamora no destaca por sus enormes postulaciones para entrever el origen de los indios, todo lo contrario, afronta sin tapujos la imposibilidad de ubicar su procedencia. Ahora bien, esto no le impide desmentir las afirmaciones de otros cronistas que aquí ya hemos expuesto. Como es de esperar, el fraile agustino no olvida la cuestión judía. Menciona que los nativos del Yucatán, al igual que el pueblo hebreo, también practicaban la circuncisión. Ahora bien, acto seguido, citando a Heródoto, nombra otras gentes como los egipcios, siendo gentiles, etíopes, sirios o fenicios, entre otros, también llevaban a cabo esta práctica, aunque destacando que todos ellos lo aprendieron de los judíos, pues esta es la nación más antigua del mundo.⁷⁷ La cuestión de la circuncisión no la subraya para establecer un símil entre indios y judíos, sino todo lo contrario:

⁷⁵ Pedro Sarmiento de Gamboa, *Historia de los incas*, p. 98.

⁷⁶ Pedro Sarmiento de Gamboa, *Historia de los incas*, pp. 99-100.

⁷⁷ Jerónimo Román y Zamora, *Repúblicas de Indias*, ed. Victoriano Suárez, Madrid, Fondo Emérito Valverde y Téllez, 1897, tomo I, pp. 316-318.

Esto de la circuncisión he querido yo aquí tocar, por desengañar a algunos de que no piensen que estas gentes de las Indias son judíos, como alguno lo dijo y que por este respecto se circuncidaban, porque esto no es verdad, porque pues otras gentes se circuncidaron, que no fueron judíos, así pudo esta nación circuncidarse sin ser gente hebrea, y así no vale nada el fundamento que se hace para probar que solos los judíos se circuncidaban, ni menos tiene fuerza lo que dice aquel jurista, que los indios son judíos, por algunos vocablos que tienen semejantes a los de los hebreos.⁷⁸

La presencia de vocablos similares a los hebreos también le parece un argumento sin fundamento para establecer un origen común, de la misma manera que las dicciones latinas del Yucatán no pueden interpretarse como una procedencia francesa o española de los indígenas. En esta desacreditación de las semejanzas lingüísticas, Jerónimo Román se opone tajantemente a teorías de un poblamiento griego en las provincias de Nueva España, como las establecidas por Sarmiento de Gamboa. Para ello pone el ejemplo de México, donde «llaman a Dios Theot o Theus, o lo semejante. Pues mírese como en griego decimos Theos por Dios, quizás será por ventura esta gente griega». Así, deja claro que hay muchos nombres que pareciera «ser llevados allá de antiguo», la cual cosa no es cierta.⁷⁹

La pista que encuentra el cronista es que los indígenas tenían noticia del Diluvio Universal. Cuenta cómo los nativos creían que algunas personas sobrevivieron a la catástrofe y fueron a poblar el Nuevo Mundo. Entre los supervivientes había una pareja a la cual los indígenas referían como el «gran padre» y la «gran madre», hecho que Jerónimo Román interpreta como que los indígenas «tuvieron noticia de Noé, que anduvo gran parte del mundo».⁸⁰ Con todas las referencias analizadas, el fraile agustino concluye los indígenas descienden de Adán, como todos los hombres, y también de Noé, pues si América es rica en gentes y tenemos en cuenta que en el Diluvio pereció todo hombre y animal, excepto los que se refugiaron en el Arca, alguien debió encargarse de poblar el Nuevo

⁷⁸ Jerónimo Román y Zamora, *Repúblicas de Indias*, tomo I, p. 318.

⁷⁹ Jerónimo Román y Zamora, *Repúblicas de Indias*, tomo I, pp. 319-321.

⁸⁰ Jerónimo Román y Zamora, *Repúblicas de Indias*, tomo II, pp. 54-55.

Mundo después. Ahora bien, si esos nuevos pobladores provenían de la estirpe de Jafet, Sem o Cam es imposible de precisar, pues «sólo el pueblo hebreo se puede decir de dónde viene, y no otra nación del mundo».⁸¹

EL PADRE JOSÉ DE ACOSTA
SOBRE EL POBLAMIENTO DE AMÉRICA

Quizás la postura del padre Acosta sea de las más complejas y avanzadas entre todos los cronistas de indias que trataron sobre el origen de los nativos americanos. El jesuita coincide con autores como Jerónimo de Mendieta y Diego Durán en cuanto a conocer el origen de los indígenas. Esto se debe a que las relaciones que dan los propios nativos no llega a más de 400 años atrás, siendo todo lo anterior «pura confusión y tinieblas», además de estar todo testimonio «lleno de mentira y ajeno de razón». Esto no sorprende a Acosta, pues al igual que Sarmiento de Gamboa, este destaca la ausencia de libros y escritura en el Perú, recurriendo únicamente los indígenas al sistema de los *kipu*.⁸² Así pues, la única razón segura que expone Acosta, la cual quiso hacer entender a los indígenas, es «todos los hombres proceden de un mismo hombre».⁸³

Por otro lado, también coincide con Diego Durán en que, además de la falta de escritura, los indígenas se han visto sometidos a los engaños del demonio, quien se hacía pasar por Dios para ser adorado. Eso sí, difiere totalmente con Durán en cuanto a la existencia de una pre-evangelización, pues, como es el caso del Nuevo Mundo, el demonio procura «ser tenido y honrado por Dios» y lo hace en las «ciegas naciones del mundo, a quien no ha esclarecido aún la luz y resplandor del santo Evangelio».⁸⁴ En este sentido, Acosta considera que la condición bárbara

⁸¹ Jerónimo Román y Zamora, *Repúblicas de Indias*, tomo II, p. 51.

⁸² Instrumento andino que consiste en una cuerda horizontal con muchas cuerdas verticales que pueden ser de diferente materia prima como lana de camélido o algodón. Estas cuerdas se conforman por nudos, los cuales son indicativos de información tanto contable como narrativa.

⁸³ José de Acosta, *Historia natural y moral de las Indias*, p. 42.

⁸⁴ José de Acosta, *Historia natural y moral de las Indias*, p. 153.

de los indígenas facilitó al demonio su gobierno de engaño. Así pues, tras ser vencido por la fuerza de la Cruz y el Evangelio, el maligno:

acometió las gentes más remotas y bárbaras, procurando conservar entre ellas la falsa y mentida divinidad que el hijo de Dios le había quitado en su Iglesia, encerrándole como a fiera en jaula, para que fuese para escarnio suyo y regocijo de sus siervos, como lo significa por Job. Mas en fin, ya que la idolatría fue extirpada de la mejor y más noble parte del mundo, retiróse a lo más apartado: y reinó en estotra parte del mundo que, aunque en nobleza muy inferior, en grandeza y anchura no lo es.⁸⁵

En este sentido, para Acosta la idolatría de los indígenas no se debe a su ascendencia hebrea, como veremos a continuación, sino a la imitación que el demonio lleva a cabo de Dios. Si el Altísimo «ordena para su culto y honra y para bien y salud del hombre» el demonio se encarga de emularlo de manera pervertida para ser adorado y condenar al hombre. Afirma el cronista que apenas existen cosas instituidas por Dios que el demonio no haya perturbado y trasladado a su gentilidad, estableciendo como evidencia de este hecho «lo que, por ciertas relaciones, tenemos sabido de los ritos y ceremonias de los indios».⁸⁶

Lo cierto es que el jesuita establece similitudes entre las prácticas idólatricas de los indios y antiguos. En el caso de los incas, estos adoraban a la tierra, identificada como Pachamama, del mismo modo que los antiguos honraban a la diosa Tellus. Por otro lado, al igual que los incas adoraban al mar, representado por la diosa Mama-chocha, los antiguos veneraban a Tetis y Poseidón. La idolatría de los mexicanos la destaca por ser «más errada y perniciosa que los Ingas», ya que la mayor parte de esta se centraba en los ídolos y no en la propia naturaleza. Pese a ello recalca que los propios elementos naturales eran atribuidos a estos ídolos, como es el caso «del llover y del ganado, de la guerra, de la generación», siendo esto equiparable a ídolos grecolatinos como Febo, Mercurio, Júpiter, Minerva o Marte.⁸⁷

⁸⁵ José de Acosta, *Historia natural y moral de las Indias*, pp. 153-154.

⁸⁶ José de Acosta, *Historia natural y moral de las Indias*, p. 167.

⁸⁷ José de Acosta, *Historia natural y moral de las Indias*, p. 156.

En cuanto a los rituales indígenas, Acosta apunta que en muchos de ellos se encuentran semejanzas a los de la ley antigua de Moisés, otras se acercan a las prácticas musulmanas, mientras que costumbres como los lavatorios son equiparables a los de la ley evangélica. Señala que los mexicanos tenían sus propios bautismos y que a los recién nacidos les «sacrificaban las orejas y el miembro viril», imitando de alguna manera la circuncisión judía.⁸⁸

Es oportuno retomar aquí la cuestión del origen indígena en la crónica de José de Acosta. El cronista se opone de manera rotunda a las teorías del linaje hebreo de los indígenas y del relato adaptado al Nuevo Mundo de *Esdras IV*, de la misma manera que también es contrario a la llegada a estas tierras a través de la Atlántida de Platón. Afirma que, dado que a través de la mítica isla no existe camino para justificar el paso de los indígenas a América, algunos atinaron que el camino debió ser el descrito en *Esdras*. Los defensores de esta postura buscaron encajar el apócrifo a los indios, asumiendo que estos fueron llevados por Dios. El hecho de identificar a los nativos como «medrosos y descaídos, y muy ceremoniáticos, y agudos y mentirosos» es esencial en su asociación al pueblo hebreo, como ya hemos visto en Diego Durán. Acosta señala que otro de los argumentos empleados es que el hábito indio parece el mismo utilizado por los judíos, portando una túnica y un manto rodeado encima, además de ir descalzos o con un calzado caracterizado por tener las suelas asidas por la parte superior.⁸⁹ Todas estas similitudes le parecen al jesuita «conjeturas muy livianas». En primer lugar, menciona que los hebreos utilizaron letras, mientras que entre los indígenas no se halló rastro. Por otro, lado son conocidas las habilidades financieras de los judíos, en contraposición a la indiferencia de los indios. Además, uno de los puntos clave que le impide comulgar con este tipo de teorías es el olvido de los indígenas de todo su judaísmo; no es comprensible que no recuerden «su linaje, su ley, sus ceremonias, su Mesías» cuando los judíos siempre se han caracterizado por ser «amigos de conservar su lengua y antigüedad, y tanto que, en todas las partes del

⁸⁸ José de Acosta, *Historia natural y moral de las Indias*, p. 190.

⁸⁹ José de Acosta, *Historia natural y moral de las Indias*, p. 40.

mundo, que hoy viven, se diferencian de todos los demás». Sus argumentos en contra no terminan aquí, en cuanto a la actitud medrosa, supersticiosa y mentirosa de los indios, afirma que esta no es general entre todos ellos, siendo que podemos encontrar naciones ajenas a esto, otras de indios «bravísimos y atrevidísimos» y algunas «muy botas y groseras de ingenio». Las ceremonias y supersticiones no son cosa exclusiva de los judíos, pues entre los gentiles siempre fue algo habitual. En cuanto a las semejanzas de indumentaria, lo justifica afirmando que la túnica es el vestido «más sencillo y natural del mundo», siendo una prenda común en la antigüedad, no solo para los hebreos, sino para otros muchos pueblos.⁹⁰ Por último, Acosta siente una gran desconfianza hacia el texto de *Esdras IV*, pues se trata de un apócrifo y muestra contradicciones. El punto que más destaca entre todas las incongruencias de este texto es el paso de las diez tribus hacia el Nuevo Mundo a través del río Éufrates. Así pues, concluye el jesuita afirmando que no concibe que el «Éufrates apócrifo de Esdras dé mejor paso a los hombres para el nuevo orbe, que le daba la Atlántida encantada y fabulosa de Platón».⁹¹

Como hemos comentado anteriormente, José de Acosta no tiene problema en aceptar la imposibilidad de determinar un primer origen de los indígenas. Por un lado, alega que los indígenas no cuentan con escritos ni memoriales sobre sus primeros antepasados. Por otro lado, entre los textos de los antiguos no hay mención alguna al Nuevo Mundo ni sus gentes. Por este motivo, Acosta afirma tajantemente que sería «temerario y muy arrojado el que se atreviere a prometer lo cierto del primera origen de los indios, y de los primeros hombres que poblaron las Indias».⁹² Con todo, el fraile concluye esta cuestión planteando que el género humano llegó poco a poco al Nuevo Mundo gracias a la «vecindad de las tierras», pudiendo haber llegado también a través de alguna navegación. También existe la posibilidad, aunque pequeña para Acosta, de la deriva de algún naufragio. Al tratarse las Indias de tierras continuas con el resto del mundo, esto

⁹⁰ José de Acosta, *Historia natural y moral de las Indias*, p. 40.

⁹¹ José de Acosta, *Historia natural y moral de las Indias*, p. 41.

⁹² José de Acosta, *Historia natural y moral de las Indias*, p. 41.

propició el poblamiento.⁹³ En cuanto a las fechas, el jesuita cree que el Nuevo Mundo no fue poblado hace demasiados miles de años, siendo las primeras gentes que entraron grupos «salvajes y cazadores que no gente de república y pulida». Estos llegarían por haberse perdido de sus tierras o por necesidad de supervivencia, poblando América poco a poco y trayendo consigo alguna de las costumbres de su tierra natal.⁹⁴ Según Alba María López, entre las preguntas planteadas por la literatura extranjera, la manera en que pudieron haber entrado en América los primeros pobladores tomó relevancia. Esta cuestión ya fue constantemente debatida ya en el siglo xvi español y, pese a que no se concluyó una postura generalizada, la controversia traspasó las fronteras de la Monarquía Hispánica.⁹⁵ Según Huddleston, esto se dio de mano de José de Acosta, siendo el primero en exponer de manera objetiva la incógnita que planteaba la llegada de los indígenas a América y la ubicación de sus orígenes. Si algo podía asegurarse es que América estaba habitada por hombres y estos descendían de Adán, por lo que debían de proceder de Europa, Asia o África. Acosta optó por estudiar la situación de América con respecto al Viejo Mundo, abordando cuestiones históricas y geográficas, para poder determinar la manera en la que pudieron llegar los hombres al Nuevo Mundo.⁹⁶

CONCLUSIONES

En este artículo hemos abordado uno de los aspectos de un proceso histórico extremadamente complejo como fue la occidentalización de América. Este supuso un choque cultural de dos tradiciones en apa-

⁹³ Teorías de la arqueología actual establecen que el poblamiento de América se produjo a través del estrecho de Bering, el cual conecta el extremo occidental de Alaska y el oriental de Siberia. Esta habría sido una zona transitable debido a la glaciación.

⁹⁴ José de Acosta, *Historia natural y moral de las Indias*, p. 41.

⁹⁵ Alba María López, *El origen de los nativos americanos como controversia de los siglos xvi y xvii. La aportación de Diego Andrés Rocha (1607-1688)*, Tesis Doctoral, Universidad Autónoma de Barcelona, 2021, p. 187.

⁹⁶ Lee E. Huddleston, *Origins of the American Indians*, p. 49.

riencia totalmente diferentes, pero que propició el encuentro de un lenguaje fundamental presente en ambos mundos. Existe un modo de pensamiento estructuralmente similar en todas las tradiciones culturales de discurso mítico, como lo fue la precolombina y como lo fue la cristiana pre-moderna. Es por esta razón que no deben sorprendernos los paralelismos mítico-simbólicos entre ambas. Algunos han interpretado estos paralelismos como transferencia de influencia de culturas desarrolladas del Viejo Mundo a América, mientras que otros lo han concebido como elementos universales. Pese a ser una cuestión que se sigue discutiendo en la actualidad, lo cierto es que ya desde el primer momento los frailes misioneros se percataron de las semejanzas entre ambas tradiciones, lo que les permitió establecer analogías y asimilaciones con el objetivo de lograr una evangelización lo más efectiva posible. Estas analogías quedaron reflejadas en las crónicas de indias, queriendo identificar los mitos prehispánicos con referencias a las Sagradas Escrituras. Tales asimilaciones propiciaron un enorme debate entre los religiosos, como los citados en este trabajo, acerca del origen de los indígenas desde una perspectiva teológica. Pese a estar surgiendo en ese momento corrientes como las de Marsilio Ficino o Agostino Steuco, en las cuales se plantea una Verdad presente en todas las tradiciones, Verdad que es culminada con la nueva revelación de Cristo, los cronistas, impactados al encontrar tantas referencias, empezaron a plantear teorías sobre la procedencia de los indígenas. Entre las diferentes hipótesis podemos destacar el origen gentil y judío, contando esta última tanto con grandes defensores, como hemos mostrado con Diego Durán, como firmes detractores, siendo José de Acosta el caso paradigmático.

Dada la falta de información fiable para los cronistas, dilucidar un origen exacto de los nativos, entendiendo cómo se produjo el poblamiento del continente, era extremadamente complejo, por lo que no se establece una postura consensuada. Únicamente existe el pensamiento común respecto a que los indígenas, al igual que todo el género humano, descienden de Adán y, posteriormente, de Noé, aunque no se puede determinar con exactitud a qué rama de su linaje pertenecen. Pese a no obtener una conclusión firme, la propia existencia de este debate constata la presencia dicho lenguaje y simbología fundamental en las diferen-

tes culturas del Nuevo Mundo, siendo tan reconocible para los misioneros que les llevó a reflexionar si esas gentes procedían de alguna nación ya conocida.

BIBLIOGRAFÍA CITADA

- Acosta, José de, *Historia natural y moral de las Indias*, Madrid, ed. Fermín del Pino-Díaz, CSIC, Madrid, 2008.
- Areta Marigó, Gema, «Travesías de un discurso: islarios, atlántidas y otros principios», en *Herencia cultural de España en América. Siglos XVII y XVIII*, ed. Trinidad Barrera, Madrid, Iberoamericana, 2008.
- Benavente, Toribio de, *Historia de los indios de la Nueva España*, eds. Mercedes Serna y Bernat Castany, Real Academia Española, Madrid, 2014.
- Casas, Bartolomé de las, *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*, ed. André Saint-Lu, Cátedra, Madrid, 2018.
- Casas, Bartolomé de las, *Historia de las Indias*, ed. André Saint-Lu, Biblioteca Ayacucho, Caracas, 1986.
- Durán, Diego, *Historia de las Indias de Nueva España e islas de Tierra Firme*, Imp. de J.M. Andrade y F. Escalante, México, 1867.
- Esteva, Claudio, «El circummediterráneo y sus relaciones con la América prehispánica: ¿Difusión o Paralelismo?», *Anuario de Estudios Atlánticos*, 17 (1971), pp. 151-197.
- García Martínez, Florentino «La autoridad de 4 Esdras y el origen judío de los indios americanos», *Fortunatae*, 22 (2011), pp. 41-54.
- García Martínez, Florentino, «La autoridad de 4 Esdras y el descubrimiento de América», *Estudios bíblicos*, LXX, 2012, pp. 321-344.
- García, Gregorio, *Origen de los indios del Nuevo Mundo e Indias Occidentales*, En casa de Pedro Patricio Mey, Valencia, 1607.
- González Díaz, Soledad «Genealogía de un origen: Túbal, el falsario y la Atlántida en la Historia de los Incas de Pedro Sarmiento de Gamboa», *Revista de Indias*, LXXII, 255 (2012), pp. 497-526.
- Granada, Miguel Ángel, «Agostino Steuco y la *perennis philosophia*. Sobre algunos aspectos y dificultades de la concordia entre *prisca theologia* y cristianismo», *Daimon Revista Internacional de Filosofía*, 8 (1994), pp. 23-38.
- Gruzinski, Serge, *La máquina del tiempo. Cuando Europa comenzó a escribir la historia del mundo*, Fondo de Cultura Económica, México, 2021.

- Hipona, Agustín de, «Las Retracciones» en *Obras completas de San Agustín*, ed. Teodoro Calvo Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 1995.
- Horcasitas, Fernando, *Teatro náhuatl: época novohispana y moderna*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2004.
- Huddleston, Lee E., *Origins of the American Indians. European concepts, 1492-1729*, University of Texas, Austin, 1967.
- López, Alba María, *El origen de los nativos americanos como controversia de los siglos XVI y XVII. La aportación de Diego Andrés Rocha (1607-1688)*, Tesis Doctoral, Universidad Autónoma de Barcelona, 2021.
- Mendieta, Jerónimo de, *Historia eclesiástica indiana*, ed. Joaquín García Icazabal, México, Antigua Librería, 1870.
- Ondertoller, Deena, «Agostino Steuco, un teorico della Filosofia perenne, nel contesto delle discussioni culturali del Rinascimento», Corso di Laurea in Filosofia, Università degli Studi de Trento, 2018.
- Ricard, Robert, *La conquista espiritual de México*, Fondo de Cultura Económica, México, 1986.
- Rodríguez Peinado, Laura, «La Epifanía», *Revista Digital de Iconografía Medieval*, IV, 8 (2012), pp. 27-44.
- Román y Zamora, Jerónimo, *Repúblicas de Indias*, ed. Victoriano Suárez, Madrid, Fondo Emérito Valverde y Téllez, 1897.
- Sarmiento de Gamboa, Pedro, *Historia de los incas*, ed. Ángel Rosenblat, Biblioteca Emecé, Buenos Aires, 1947.
- Serrano Aguirre, Noel y Lara Duarte, Mitzi de, «Epifanía: la adoración de los Reyes Magos», *El Tlacuache*, 1062 (2023).
- Shady, Ruth, «La civilización caral: Paisaje cultural y sistema social», *Senri Ethnological Studies*, 89 (2014), pp. 51-103.
- Shady, Ruth, Dolorier, Camilo, Montesinos, Fanny y Casas, Lyda, «Los orígenes de la civilización en el Perú: el área norcentral y el Valle de Supe durante el Arcaico tardío», *Arqueología y Sociedad*, 13 (2000), pp. 13-48.
- Surtz, Ronald Edward, «Pastores judíos y Reyes Magos gentiles: teatro franciscano y milenarismo en Nueva España», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, XXXVI, 1 (1988), pp. 333-344.
- Vázquez Galicia, Sergio Ángel, «Los indios del Nuevo Mundo en el esquema cristiano de la historia universal según fray Diego Durán», *Revista de Historia de América*, 158 (2020), pp. 13-40.

ANEXO DE IMÁGENES



FIGURA 1: *La adoración de los magos*. Vasco Fernandes, ca. 1501-1506. Colección del Museo de Grão Vasco, Viseu, Portugal.